

## ROLAND BARTHES: LA INVENCIÓN DE LA CRÍTICA CULTURAL

By Opera Mundi / 17 junio, 2012

[http://www.operamundi-magazine.com/2012/06/roland-barthes-la-invencion-de-la.html?fbclid=IwAR027iNS-ZnvOrNuBBqP-Rw8ykQIFwO\\_BcYfkOwG\\_IESPCQiluJh5pJsavw](http://www.operamundi-magazine.com/2012/06/roland-barthes-la-invencion-de-la.html?fbclid=IwAR027iNS-ZnvOrNuBBqP-Rw8ykQIFwO_BcYfkOwG_IESPCQiluJh5pJsavw)

**POR Sam Anderson**

*La columna fue la forma en que Barthes hizo frente a la explosión de la cultura de masas en la década siguiente de la Segunda Guerra Mundial: el arribo a la omnipresencia de un grupo hiper mercantilizado de medios (revistas, cine, radio, televisión)*



Fue el primer intelectual que nos explica lo que nuestra cultura pop más mundana realmente significa (larousse.fr)

Entre los teóricos franceses de las marcas de mediados del siglo XX, Roland Barthes fue el más divertido. (Foucault fue el tipo duro, Derrida el soñador, Lacan fue el misterioso. En ocasiones me gusta imaginármelos como una banda de chicos con cuellos negros de tortuga, fumadores, de una banda llamada Hors de Texte, con su álbum “Disciplinar y castigar”.) En lugar de construir monumentales volúmenes de pensamiento sistemático, Barthes escribió libros cortos a partir de fragmentos. Estaba menos interesado en la coherencia tradicional que en lo que él llamó el goce: alegría, sorpresa, aventura, placer —orgasmos tántricos de visión crítica de fragmentos tras fragmentos. Él proclamó la muerte del autor, y abogó por un estilo de lectura al que se refirió como el de “escriturante”, en el que los lectores eran creadores activos de un texto. Su metabolismo crítico era inusualmente alto: saltaba de un tema a otro, definiendo nuevos campos de interés (la semiología, la narratología) sólo para abandonarlos y dejar a otros hacer el trabajo pesado. Abordó los textos canónicos franceses con un estilo poco ortodoxo, volviendo locos a los profesores conservadores. (Barthes alcanzó la notoriedad gracias al furor que circundó su libro acerca de Racine.) En su conferencia inaugural en el Collège de France —una especie de declaración de misión para el puesto académico más prestigioso en el país— Barthes anunció que aspiraba sobre todo a “olvidar” y “desaprender”, y propuso, como una especie de lema, “Ningún poder, un poco de conocimiento, un poco de sabiduría y tanto sabor como sea posible”.

La fuente más fiable y fácil de usar de la variedad especial de diversión de Barthes —el caldo de cultivo, si se prefiere, de su sabor crítico— es su primer libro *Mitologías*, publicado originalmente

en 1957. En él, Barthes básicamente inventó lo que conocemos como crítica cultural: él fue el primer intelectual de primer nivel que nos explica lo que nuestra cultura pop más mundana realmente significa. Durante décadas, sin embargo, sólo una parte de *Mitologías* estuvo disponible en inglés. Su reciente lanzamiento en una nueva y (por primera vez) completa traducción nos da una excusa no sólo para volver a leer el libro sino también para considerar algunas de las grandes cuestiones que plantea, casi 60 años más tarde, para aquellos de nosotros que nadamos a través de la cultura pop, y en particular para los que nos consideramos críticos de esa cultura, que, en estos días, parece que es casi todo el mundo.



Sostuvo que el funcionamiento de la cultura de masas es análogo a la mitología (vidasfamosas.com)

*Mitologías*, sobre todo, menos un todo unificado que una colección de piezas: 53 ensayos breves que Barthes escribió para una revista literaria bajo la rúbrica “Mitología del mes”. La columna fue la forma en que Barthes hizo frente a la explosión de la cultura de masas en la década siguiente de la Segunda Guerra Mundial —el arribo a la omnipresencia de un grupo híper mercantilizado de medios (revistas, cine, radio, televisión), que fue la configuración de la vida de todos en el nivel más profundo posible, como una nueva forma de gravedad psicológica. En su modesta (y no-newtoniana) opinión, Barthes propuso la cultura de masas de Newton: para identificar las leyes de su comportamiento, probar sus tensiones y poner de manifiesto los límites invisibles de su influencia.

La idea básica de Barthes (aunque con Barthes siempre es peligroso reducir las cosas a una idea básica) era que el funcionamiento de la cultura de masas es análogo a la mitología. Sostuvo que el trabajo cultural realizado previamente por los dioses y las sagas épicas —enseñar a los ciudadanos los valores de su sociedad, proporcionando un lenguaje común— lo hacen ahora las estrellas de cine y los anuncios de detergente para ropa. En *Mitologías*, su proyecto fue desmitificar estos mitos. Escribió ensayos sobre la lucha libre profesional, las bodas de los famosos, los anuncios de jabón, las fotos publicitarias de los actores, las tendencias en los juguetes de los niños y de la iniciativa del presidente de Francia para alentar a los ciudadanos a beber más leche. Escribió un ensayo sobre el rostro de Greta Garbo. (“El rostro de la Garbo es una idea, el de Hepburn, un acontecimiento”). Escribió un ensayo sobre Billy Graham, quien llegó a predicar en París. (“Si Dios está realmente hablando a través de la boca del Dr. Graham,

hay que reconocer que Dios es bastante estúpido”.) Escribió sobre el plástico. (“Es la primera sustancia mágica que consiente en ser prosaica”.)

Barthes no fue el único en escribir en los años 50 sobre este tipo de trivialidad cultural. La tenencia de John Updike como escritor en *The New Yorker*, por ejemplo, donde escribió una maqueta antropológica acerca de las palomas y los rostros de los peatones, coincidió casi exactamente con la columna “Mitologías” de Barthes. Pero el tono de Barthes fue único: un rigor individual teórico que plasmó en aforismos, que hizo comprender las cosas familiares (el lujo de la espuma, la importancia del corte de pelo de un monje) por primera vez.



“El rostro de la Garbo es una idea” (elojoinfinito.blogspot.com)

Muchas de las ideas de Barthes aplican poderosamente a la cultura contemporánea como lo hicieron con la Francia de la posguerra. Ahí queda, por ejemplo, el análisis de las fotos de campaña –muy popular aún hoy en día– en las que los políticos miran a lo lejos: “La mirada se pierde noblemente en el futuro, no confronta, se eleva y fertiliza algún otro dominio, el cual se deja sin definir castamente. Casi todas las fotos de tres cuartos de cara son ascensionales, el rostro se eleva hacia una luz sobrenatural, que lo baña y lo transporta a la esfera de una humanidad superior, el candidato alcanza el Olimpo de los sentimientos elevados, donde todas las contradicciones políticas se resuelven”. Me parece que esto es imposible de leer sin pensar en Obama, Romney, Palin, Sarkozy, el Che Guevara y, por supuesto, en Stephen Colbert.

La lección básica de *Mitologías* es que todo significa algo, sobre todo las cosas que intentan parecer más allá del significado. “En un solo día”, escribe Barthes hacia el final del libro, “¿cuántos campos realmente no significantes cruzamos? Muy pocos, a veces ninguno. Aquí estoy, frente al mar; es cierto que esto no tiene un mensaje. Sin embargo, en la playa, ¡qué

material para la semiología! Banderas, consignas, señales, letreros, ropa, incluso bronceadores, son tantos mensajes para mí". (Fue el Walt Whitman de la teoría crítica.)

Si la cultura del siglo XXI ha adoptado alguna de las lecciones de Barthes, es ésta. ¿Qué es la blogosfera si no una caja de Petri de la semiología amateur –la descodificación de todo?

Lo anterior también sugiere, sin embargo, una de las principales diferencias entre el Estados Unidos postmilenial y la Francia de los años 50. Barthes escribió en los albores de lo que pensamos que es la cultura de masas: un momento en que la relación del ciudadano medio con las imágenes cambiaba rápidamente, cuando los textos compartidos por las personas comunes fueron repentinamente no sólo religiosos, cívicos o locales, sino globales: un conjunto común de imágenes extraído del entretenimiento comercial.

El amanecer de ese tipo de cultura, obviamente, tiene mucho que ocurrió. Ahora vivimos al menos en el final de la tarde, posiblemente incluso en su ocaso. Internet, como es notorio, llegó y fracturó la rótula del modelo viejo. En lugar de sólo absorber pasivamente una serie de *broadcasts* de Planet Media, los consumidores de hoy participan directamente en la creación de la cultura.

A mi juicio, lo que está explotando en importancia en nuestra época no es la cultura de masas sino la crítica de la cultura de masas –la disección barthesiana de todo, sin importar qué tan trivial sea. Esto sucede en todas partes ahora, casi siempre en tiempo real. Y este análisis crítico es a menudo tan vital, interesante y consumible como la cultura que se discute. Consideremos, por ejemplo, la forma en que la crónica televisiva se ha convertido en una forma creativa casi independiente. Así, el análisis crítico de la cultura pop se ha convertido en sí mismo en una especie de cultura pop. Parece que nos aproximamos a algún tipo de singularidad –un colapso de la creatividad y de la crítica.



“El rostro de Hepburn, un acontecimiento” (condenadospodcast.com)

Un crítico de la cultura está, por definición, en medio y entre: no es un consumidor regular de la cultura y, sin embargo es alguien profundamente inmerso en ella, lo suficiente como para apreciar sus mecanismos internos. Barthes escribió acerca de la cultura de masas, casi siempre, como un proscrito radical. Esta es una de las principales fuentes de poder de *Mitologías*. Él era una figura marginal en la escena intelectual francesa, escribiendo en una revista literaria, no para los consumidores de la cultura de masas sino para otros intelectuales. De hecho, uno de los aspectos más llamativos de *Mitologías* es el desprecio de Barthes a la pequeña burguesía, el público objetivo de la cultura que él diseccionaba. (El “enemigo fundamental”, escribe, es “la norma burguesa”.)

*Mitologías* es a menudo un libro agresivo, y lo que enfurecía a Barthes más que cualquier otra cosa era el “sentido común”, que él identificó como la filosofía de la burguesía, un modo de pensamiento que sistemáticamente pretende que las cosas complejas son sencillas, que las cosas desconcertantes son evidentes, que las cosas locales son universales –en resumen, que las fantasías culturales compartidas por todas las contingencias sucias de poder y el dinero y la historia son, de hecho, el orden natural del universo. El trabajo del crítico, en opinión de Barthes, no es revelar esos mitos de sentido común sino denunciarlos como fraudulentos. El crítico tenía de su lado la historia, no la cultura. Y la historia, Barthes insistía, “no es un buen burgués”.



La cultura de masas ha crecido y evolucionado; se ha “naturalizado” más a fondo (Banksy- obviousmag.org)

Es difícil imaginar hoy en día a muchos críticos posicionándose fuera de la cultura pop en la medida en que Barthes lo hizo. La cultura de masas ha crecido y evolucionado; se ha “naturalizado” más a fondo, y por lo tanto, se ha vuelto más resistente a la crítica, incluso cuando florece la crítica cultural. Y nuestra crítica viene con mucha más frecuencia de lo más profundo de la cultura, con la actitud dominante de la aceptación.

Esto plantea la cuestión de lo que esta mezcla provoca en nuestra crítica, si profundiza o debilita nuestra fuerza, nos hace más calificados para interpretar o simplemente nos reduce a simples jugadores en el gran teatro capitalista de la cultura de masas. Me quedo imaginando las

preguntas que Barthes pudo haber hecho a los críticos de hoy en día. Ni siquiera es una crítica negativa a un ciclo promocional de cine o televisión, esencialmente para respaldarlo como un producto válido –¿un anuncio tácito para ello? ¿Se escribe para una revista o para un sitio web dominado por los anuncios en los que la crítica es una extensión de los anuncios –en esencia, ¿un anuncio de los anuncios?

Para un libro dedicado casi enteramente a la cultura pop de los años 60, *Mitologías* es sorprendentemente relevante en la actualidad. Aunque las partes que me parecen más actualizadas –y menos barthesianas– son las erupciones de desprecio marxista, cuando Barthes descarta a la pequeña burguesía y califica su cultura de “infantil”. (Esto, admito, puede ser debido a mi posición asumida de burgués del siglo XXI.)

Mis momentos favoritos en el libro son aquellos en los que Barthes parece movido por, e investido en, la cultura que él discute: cuando escribe, por ejemplo, acerca de la lucha libre profesional como un espectáculo de justicia, y parece defenderla contra la crítica reflexiva y profunda. En libro póstumamente publicado de Barthes, *Mourning Diary* –una colección de las notas que redactó después de la muerte de su madre en 1977, 20 años después de *Mitologías*–, no hay un momento especialmente conmovedor. Barthes admite que rompió a llorar cuando escuchó una canción de Gérard Souzay, un cantante descrito en *Mitologías*, como el epítome del arte burgués melodramático. Ese momento de contradicción parece muy moderno y plenamente barthesiano.

**Tomado de:** *The New York Times Magazine*. Mayo 25, 2012.

**Traducción:** José Luis Durán King.